

## XLVI.

Paris, Agosto 25 de 1869.

## MARIA QUERIDA.

Todos estos días, como debes suponer, he recorrido la ciudad por diversos puntos, y en todos he encontrado objetos bellísimos que encantan la vista del viajero: he visto hermosos templos, magníficos edificios públicos y particulares. Entre los primeros descuella en

primer término, la Bassílica de Nuestra Señora, de arquitectura gótica; su frente es magnífico, con sus tres puertas cóncavas adornadas de numerosos bajos relieves de santos y las dos elegantes torres. El interior es también suntuoso, de varias naves, cuyo aspecto inspira recogimiento por el carácter de la arquitectura y la luz misteriosa que la ilumina.

San Sulpicio es otra buena fábrica antigua, de arquitectura griega.

Entre los templos modernos, el más hermoso es sin duda, el de la Trinidad, cuya linda fachada con sus torres, mira transversalmente hacia el Boulevard de los Italianos. Si uno se para frente al edificio desde el referido Boulevard, el punto de vista que presenta es seductor por el jardín que tiene al pié y la gran fuente que alardea, mostrando sus cristales.

Los franceses comprenden perfectamente la óptica y dan por esto un gran efecto á sus edificios y monumentos. La columna Vendome, por ejemplo,

que se mira á mucha distancia desde muchas calles; la hermosa fachada de la Estacion de Strasbourg con que remata el Boulevard de Sebastopol, la Columna de Julio, la fachada de la Magdalena, el Arco de la Estrella y otros monumentos por el estilo.

Además de estar bellamente situado Paris, lo hacen más hermoso su conjunto y sus detalles, porque en todo se deja ver el arte y el buen gusto; es por esto que se le ha dado el nombre de la "Ciudad modelo."

Sus cementerios son tambien magníficos, especialmente el del Padre Lachaise y el del Boulevard del Infierno, que es más moderno.

En el primero ví yo el monumento más antiguo que habia conocido; pues sabido es que en América todo es nuevo, excepto las magnificas ruinas del Palenque en Yucatan, que tampoco he visto. Ese monumento es el sepulcro de Eloisa y Abelardo de arquitectura gótica y que cuenta setecientos años de existencia, en el que, ya que no pudie-

ron estar reunidos en vida esos desventurados amantes, lo están sobre el sepulcro en dos estatuas de piedra.

Una cosa me llamó la atención, y fué, ver sobre el dicho, multitud de coronas y bouquets; porque me imaginaba que no existiria ya un solo pariente de estos jóvenes; pero mi cicerone me sacó de la duda diciéndome: "que los amantes de Paris iban allí constantemente á poner esas flores, como un recuerdo de ese amor que tocó hasta la epopeya."

Esa circunstancia me enterneció sobre manera hasta humedecer mis ojos, porque hice reminiscencia de dos infelices víctimas del mitisismo y la intolerancia de la época en que vivieron, debiendo haber sido muy felices, y ahora, el afecto de las generaciones actuales; los indemnizaba de aquellas injusticias, reviviendo su memoria.

Del reinado de Napoleon III á esta parte, data el ensanche y embellecimiento de la ciudad de Paris; las nuevas calles y los Boulevards, son mag-

caballos de bronce cuyas bridas lleva la estatua de la Francia; más adelante hay una balaustrada de fierro y a! fin, el departamento de las Tullerías, cuya fachada principal, queda á la otra parte; mirando todo ese bello conjunto al jardin, el bosque, plaza de la Concor- dia, Campos Elíseos, hasta el Arco de Triunfo.

Los otros dos patios son menos inte- resantes que el que hemos descrito, pe- ro tambien suntuosos y el último que está al extremo Oeste, tiene una zona de flores al lado de sus nuevos; la puerta que sale al aire libre conduce de- finitivamente á la espalda del edificio, compuesta de una soberbia columnata, y á su frente otro bello jardin.

Como yo vivo en lo más central de Paris, todos los dias tengo ocasion en mis escursiones, de pasar por entre este magnífico palacio, pues lo atraviesa de parte á parte por su centro, corrien- do de Sur á Norte, una vía ó pasage de la calle de Rivoli al muelle ó borde del Sena.

Diariamente hago mi visita al Mu- seo y en seguida continúo mi paseo por los Boulevards, siempre procurando explorar nuevos objetos.

En la carta siguiente te daré cuenta de algunas cosas más que vea y de otros detalles de mi próximo viaje á Roma.

Adios.

XLVII.

Paris, Setiembre 2 de 1868.

MARIA:

Te hablé de los templos de Nuestra Señora, del de San Sulpicio y de la Trinidad, pero se me pasó por alto decir algo del de la Magdalena. Este es bellísimo por dentro y fuera; rodeado en sus muros exteriores de una soberbia columnata, asentada sobre un plinto, como de dos metros de altura: la entra-

da principal está practicada por una cómoda escalinata y la parte superior de la fachada está coronada de un triángulo, en el que se mira un alto relieve que representa á la Magdalena á los pies de Jesus, rodeado de sus apóstoles; todo el edificio es una copia exacta del Partenon y, como está tan bien situado, su aspecto es magestuoso por todas las partes que se le mira. A su frente, que vé al Norte abre suntuosa la ancha calle Real que desemboca á la plaza de la Concordia, de modo, que situado el espectador al pié de la escalinata del templo, goza de una perspectiva seductora que remata en el palacio Legislativo, abrazando ese conjunto de arquitectura y escultura que enriquece toda esta localidad. El mismo efecto arrebatador causa mirando por el Norte el edificio de la Magdalena que está precedido de la gran plaza referida, del obelisco de Luxor, las fuentes de bronce, las estatuas de los Departamentos, á la derecha el bosque de las Tullerías y á la izquierda los Campos Eliseos.

En el costado izquierdo del templo referido, está situado el mercado principal de flores, de las que hay, como es sabido, un gran consumo en París; todas las mañanas se mira ese lugar muy concurrido porque las principales familias procuran renovar diariamente las flores de sus habitaciones, que son sus inseparables compañeras, y esta exigencia la demanda el refinado gusto de un pueblo que está rodeado de tantas bellezas y el arte entra como una de las primeras necesidades de la vida.

El Palacio del Hotel de Ville ó casas consistoriales, es otro de los edificios públicos notables de la ciudad que, según estoy informado, lo comenzó á construir Henrique IV y sus sucesores continuaron embelleciéndolo con la multitud de estatuas que ornan los lados de todas las ventanas de la fachada, colocando en el centro sobre la puerta principal, la ecuestre en bronce de bajo relieve de aquel gran Rey. El edificio comprende una manzana, adornados sus costados y espalda de una zona de flo-

res, y el frente de una hermosa plaza bien embaldosada.

En el ángulo Sudeste del Hotel de Ville, están situadas las antiguas calles de la Cité, célebres por las escenas que pinta Eugenio Sué con tan vivos colores: yo me dirigí á esos lugares en donde Rodolfo aplicó aquellos sendos puñetazos al Churiador y al Maestro de Escuela y en los que la legendaria Lechuza atormentaba á la infeliz Guilla-baora; pero en lugar de aquellos callejones sucios y aquellos chiribitiles que albergaban tantos bandidos, y las clases mas degradadas de la sociedad, hallé palacios espléndidos, calles suntuosas y un aspecto risueño y enteramente diverso del que describe aquel insigne escritor.

Estoy muy seguro, que el que vió á París antes del año de 1852 no lo conoce hoy, que ha sufrido una completa trasformacion y, á través de callejuelas tortuosas y montones informes de casas anticuadas y de triste apariencia, pasan magestuosos Boulevards de colosales

fábricas arquitectónicas y una vida moderna resplandeciente de civilización.

Todavía se mira por algunas partes la lucha de la Reforma con el antiguo régimen: miranse aún los agujeros negruscos de antiguas habitaciones repletas de tubos de chimeneas que están en víspera de hacer lugar á lindas habitaciones y nuevas calles que llevan la alegría y la animación.

Al ver estas obras que se llevan á cabo en Paris cuyas indemnizaciones á los dueños de las casas derribadas deben costar millones al Erario, se comprende el nervio de este pueblo y que en todo es grande, activo, emprendedor y rico.

Con razon llaman á Paris la ciudad modelo; pues ademas de su magnífica situación que le comunica luz y alegría, sus edificios monumentales, sus espléndidos palacios, sus Museos conservadores del arte antiguo y moderno, sus academias, gimnacias, fábricas y cuanto constituye la vida actual de las naciones civilizadas; la música, el teatro, el baile,

la moda, los jardines se adunan á todo ese aparato de grandeza y hace de los habitantes de esa moderna Babilonia, un pueblo que vive entre las flores, repleto de armonía y cuyo carácter está preparado por el sentimiento artístico á la exaltación por todo lo grande, por todo lo sublime. El arte exalta el amor patrio, infunde el valor heróico y predispone á todas las acciones generosas; por eso los franceses que tienen tanta imaginación, han sido notables en la guerra y en todo lo que emprenden hacen llamar sobre sí la atención de las demas naciones.

Al embellecer Paris y las demas capitales de los Departamentos, han desahogado los franceses esta tendencia que sienten por el arte y tal vez sin pensar, han establecido en su país con esa tendencia, una corriente de oro cuyas vertientes son los viajeros de todo el globo que corren á admirar la ciudad modelo y cada uno deposita en ella su contingente en premio de su admiración.

Los enemigos del lujo, de los placeres, de las bellezas plásticas, de la música y de las flores, dirán: que un pueblo rodeado de todos estos encantos es un pueblo afeminado é incapaz de poseer el sentimiento viril tan necesario en el hombre y especialmente en una nacion para hacerse respetar; pero el ejemplo que nos presentan los franceses dan un mentís á aquella presuncion porque como soldados, como novadores y como iniciadores de las ideas grandes, los venos remarcables y que tratan siempre de ir á la vanguardia de lo sublime.

El embellecimiento de las ciudades trae muchas ventajas: ademas de la de encantar la vista, tiene la de perfeccionar este órgano que en adelante rechazará todo lo imperfecto que lástima el ojo bien educado: en lo moral, una organizacion cuyas percepciones han sido familiarizadas en la belleza, no podrá soportar las malas acciones que tienen el aspecto de la fealdad y en lo moral y lo físico, siempre buscará el orden, la

moralidad y la armonía, bases indispensables de la verdadera civilizacion.

Si México, que hasta ahora ha sido un poco refractario del arte, tuviera mas tendencias por él, estoy seguro que el pueblo se morigeraria mas fácilmente y los gobernantes y gobernados entrarían á un órden de cosas mas puesto en razon y en el que brillaria la templaza, el verdadero progreso y la tranquilidad.

Pero, ¡vamos! que me voy extendiendo en estas digresiones, que no pueden ménos de surgir á la vista de las maravillas de la civilizacion y que tanto modifican el carácter de los pueblos; pero para reparar la impaciencia que te pueda haber causado escucharlas, te seguiré contando algunas cosas mas relativas á la ciudad de Paris.

Para comenzar, mencionaré la limpieza de esta bella capital que es en efecto escrupulosa y que con razon la consignan todos los viajeros en su libro de memorias ó en la relacion de sus viajes y, para conseguirla, Paris, po-

demos decir, que está duplicado porque tiene un subterráneo en todas sus calles que se comunica en la misma direccion que éstas y el que contienen las cañerías de agua potable, las atargeas, los tubos del gaz y los hilos del telégrafo, de modo que nada de esto afea las calles ni las estorba como en la mayor parte de las ciudades de otros países.

Las atargeas no desaguan en el Sena en el interior de la ciudad, sino hasta fuera de ella, y ésta es la causa de que las aguas de ese rio sean puras y no exhalen mal olor alguno.

Se miran constantemente hombres tirando un carrito de mano, llevando una esponja y escoba para recoger alguna pequeña basura, un tiro de cigarro ó la cáscara de alguna fruta; y si llueve, estos policías olean el menor charco de agua que queda y à poco, se puede andar por las calles sin temor de mojarse.

En el verano se riegan éstas dos veces al día y esto minora en gran parte el calor que hace en esta estacion.

Respecto de lo que cuesta vivir en Paris, se puede asegurar que es segun los recursos de cada uno, porque hay hoteles, restaurants, casas de huéspedes y cuartos amueblados que se acomodan à todas las fortunas y, no de cualquiera manera, sino que en cada categoría se pueden disfrutar algunas comodidades y la existencia en Paris siempre es agradable.

Hay por ejemplo hotel de segundo y hasta de tercer orden en que el pasajero está casi tambien albergado y asistido, como en los de primero; en estos que cuestan dos ó tres veces mas que aquellos, se paga el lujo y cuanto mas alhagan la vanidad de vivir en ellos. Esta circunstancia pasa en los hoteles de otras ciudades; lo que soy yo, no pago el contingente à esa necia vanidad; cuando mas, al llegar à una capital, dos ó tres dias habito uno de los primeros hoteles, solamente por conocer sus comodidades y sistema de servicio; mas si permanezco algun tiempo en la poblacion, con la experiencia adquiri-



da, tomo otra posada, que si no tiene el lujo de la que dejo, en cambio estoy tan bien hospedado como en aquella.

Creo haberte dicho, María, que llegando por primera vez á una ciudad, jamás me acomodo á comer en el hotel en mesa redonda, sujetándome á verificarlo á cierta hora establecida; sino que tomo mi cuarto y como en donde me toca la hora, y de esta manera disfruto de libertad y no tengo que volar ó dejar alguna diversion para volver á mi posada.

En Paris hay, como dije arriba, casas y cuartos amueblados y sin amueblar; los primeros se anuncian por medio de un papel amarillo pegado á la reja de los balcones, y los segundos con blanco.

Los cuartos amueblados varian en su precio de alquiler, desde cinco pesos hasta veinte y veinticinco; eso sí, aun los primeros tienen todas las comodidades apetecibles, aunque en miniatura, y los segundos son unas salas lujosas con su alcoba, su cama adornada de

ricas colgaduras, y todas con su servicio diario inclusive.

Te reirás de que en estos apuntes de mi viaje descienda hasta estos triviales pormenores; pero quién sabe si tú ó algunos de tus amigos á quienes leas estas impresiones, se les ocurra venir á Paris alguna vez y acordándose de estos pormenores se aprovechen de ellos?

En fin, María, es ya la una y media de la mañana y estoy cansado de haber andado todo el dia y de escribir esta larga carta; mañana ó pasado, escribiré otra que tal vez sea la última que te envié de esta ciudad.

Duerme tú tambien perfectamente y que el nuevo dia y los siguientes te encuentre feliz. Adios, amiga mia.